

CAPITULO IX.

DEL FARISAIISMO INCREDULO NACIDO DE LAS DEBILIDADES DE LOS CREYENTES.

He ahí una nueva pasion que es al par fuerte y pretexto de la incredulidad, y si bien es cierto que carece completamente de fundamento lógico, no por esto deja de ejercer poderosa influencia en las ideas de determinadas personas. Existen almas modestas que solo se acusan á sí mismas de la carencia de ciertas virtudes, pero en cambio hay otras que achacan á los vicios de los demás, hasta la fé que les falta, y que se hallan dispuestas siempre á combatir la utilidad de la religion por la inutilidad moral de los sentimientos religiosos. Balmes tuvo ocasion de

conocer ese genero de escepticismo personificado en uno de sus amigos, á quien dirigió una carta que responde perfectamente al asunto del presente capítulo. Cedamos pues la palabra sin comentario alguno á ese espíritu observador. Su pensamiento corre con tanta claridad en este fragmento, que le seguiremos gozosos hasta el fin, no obstante las sinuosidades de su curso, y sus repeticiones un tanto frecuentes.

«No podia yo figurarme que la conducta de muchos cristianos le sorprendiera á V. hasta el punto de llegar á suponer que ó finjen hipócritamente estar adheridos á la religion, ó cuando ménos la profesan sin entender una palabra de ella. Dice V. que no alcanza á comprender como es posible que enseñando la religion doctrinas tan altas, algunas de las cuales son sumamente trascendentales y hasta terribles, haya hombres que estando convencidos de la verdad de ellas ó las contrarian con su conducta, ó vivan haciendo poquísimo uso de las mismas. Añade V. que concibe muy bien la religion de un S. Gerónimo, de un S. Benito, de un S. Pedro de Alcántara, de un S. Juan de la Cruz, es decir, hombres profundamente penetrados de la nada de las cosas terrenas, de la importancia de la eternidad, y por consiguiente desasidos de

todo lo mundano, muertos á todo cuanto los rodea, y atentos únicamente á la gloria de Dios, y á la salvacion de sus almas y á las de sus prójimos; pero que no comprende, en primer lugar la religion de los viciosos, esto es, de hombres que viven convencidos de la eternidad de las penas del infierno, y no obstante como que hacen todo lo posible para hundirse en él; que no comprenden la religion de otros que sin embargo de no estar entregados al vicio, dejan correr sus dias con cierta indiferencia, sin afanarse mucho por lo que pueda venir despues de la muerte, ni áun de aquellos que practicando la virtud con cierta tibieza, no mostrándo continuamente poseidos de la idea de que muy en breve van á encontrarse ó con una dicha sin fin ó condenados para siempre á horribles suplicios. Segun parece esto le escandaliza á V. y hasta puede contribuir á mantenerle separado de la religion; pues que si nos atenemos á este modo de mirar las cosas, no hay medio entre ser escéptico ó anacoreta.

«En primer lugar se me ocurre una reflexion que no quiero dejar de consignar aquí, y es: la variedad y contradiccion de los argumentos con que es atacada la religion y lo descontentadizo que con ella se muestran los escépticos ó indife-

rentes. ¿Hay una persona muy cristiana, muy devota, que pasa los dias en la oracion y en la penitencia, que mira todas las cosas del mundo como transitorias y livianas, que se manifiesta profundamente poseida de la nada de todo lo terreno, que con sus palabras y sus acciones muestra bien claro que no se aparta jamas de su mente Dios y la eternidad? entónces se dice que la religion es esencialmente apocadora, que estrecha las ideas, que encoje el corazon, que hace á los hombres misántropos, que los inutiliza y que por tanto solo sirve para frailes y monjas. Hasta se llega algunas veces á dar consejos de prudencia recordando que si se procurase presentar la religion bajo un aspecto jovial y afable no se apartarian de ella tantos hombres que si bien se sienten inclinados á seguirla, no pueden consentir á tornarse tristes, taciturnos, andándose cabizbajos y cuellituerfos por esas calles é iglesias, y hete ahí, que si hay otros hombres que á pesar de ser profundamente religiosos, de estar altamente penetrados de las terribles verdades de la fé, y quizás muy dedicados á la practica de las virtudes austeras, se muestran no obstante con rostro sereno y apacible, conversacion alegre y festiva, no dejando entrever que se agite en su mente el formida-

ble pensamiento del infierno, entónces se objé-
ta lo extraño, lo inconcebible de semejante pro-
ceder, y se echa de menos la conducta de aque-
llos otros que poco ántes eran blanco de represion
y tal vez de desprecio y burla. Da suerte
que si la religion llora, se quejan ustedes de que
llora, si rie, de que rie, y si se mantiene sosega-
da y calmosa la acusan de indiferente. Bueno es
hacer notar semejantes contradicciones que dejan
enevidencia la sin razon de los que caen en ellas,
ya sea por haber meditado poco sobre los obje-
tos de que hablan, a por dejarse arrastrar del
prurito de hacer cargos á la religion, echando
mano de todo linaje de argumentos.

«Pero vamos derechamente al punto capital
de la dificultad, y veamos si es posible contes-
tar satisfactoriamente á las objeciones de Vd.
¿Cómo es posible que un hombre religioso sea
vicioso? Esta es, si no me engaño la principal
dificultad que vd. presenta, y me ha de permiti-
r vd. que le diga con toda ingenuidad, que
muestra muy escaso conocimiento del corazon
humano quien propone seriamente una objecion
semejante. La vida entera de la mayor parte
de los hombres es un tejido de esas contradic-
ciones que vd. no alcanza á explicarse, si debié-
ramos dar alguna importancia á dicha objecion,

nada ménos resultaría sino exigir que todos los
hombres arreglaran su conducta á sus ideas, y
que quien abrigase una conviccion, obrará siem-
pre en consecuencia de ella. ¿Y cuándo y don-
de ha existido un proceder semejante? ¿No es-
tamos viendo todos los dias que, áun prescin-
diendo de las ideas religiosas, se verifica aquello
de conocer el hombre de bien, de aprobarlo, y
sin embargo ejecutar el mal? *Videó meliora, pro-
boque deteriora sequor.* Veo lo mejor, me gusta,
pero sigo lo peor. No hago el bien que quiero,
sino el mal que aborrezco. *Non quod volo bo-
num hoc ago sed quod odi malum illud facio.*
Hablamos con un jugador y la conversacion lle-
ga á girar sobre el vicio que le domina; un pre-
dicador en el púlpito no se expresará con más
energía contra los males acarreados por el jue-
go. «¡Qué pasion más funesta! le oiréis decir:
siempre inquietud, siempre desasosiego y turba-
cion, siempre incertidumbre y zozobra, ahora
nadando en la abundancia no sabiendo qué ha-
cerse del oro, un momento despues todo se ha
perdido, es preciso pedir prestado á los amigos
ó empeñar una finca, ó enajenar una prenda, ó
excogitar algun expediente desastroso para pro-
porcionarse siquiera una pequeña cantidad con
que probar fortuna de nuevo, Si perdeis os ha-

lais en la desesperacion: si ganais os veis forzado á presenciar la desesperacion de los demás, á sofocar tal vez los sentimientos de compasion que brotan en vuestro pecho, disfrazándolos y encubriéndolos con chanzas y algarazas. ¡Qué momentos más crueles al salir de la casa de juego, al recordar que habies labrado quizás el infortunio de vuestra familia, ó de la de vuestros amigos, al pensar que ibais con la esperanza de mejorar vuestra posicion, y tal vez de rico que érais habeis pasado á la más estrecha pobreza! No es posible concebir como hay hombres que se abandonen á ese vicio detestable: el jugador es un verdadero loco que va corriendo continuamente tras de una ilusion á pesar de estar convencido de que es ilusion y no más, de haberlo experimentado una y mil veces en sí y en los otros. En un jóven, en el acto de salir de la casa de sus padres, un deslíz en esta parte es disculpable hasta cierto punto; en un hombre de alguna experiencia el vicio carece de excusa. ¿Ha oido V., mi querido amigo á ese moralista tan juicioso, tan severo, tan inexorable con los jugadores? Pues vea V., apenas ha concluido su santa plática, quizás mientras está perorando saca inquietamente su reloj ó pregunta á los circunstantes qué hora tienen, y sabe V. para

qué es que el tiempo de la cita está cercano, que la mesita cubierta de paño está esperando y los compañeros se hallan ya colocados en sus asientos respectivos, y barajando con impaciencia y maldiciendo al perezoso y tardío; y su pobre corazón salta los montones de dinero irán girando rápidamente en derredor, ahora en frente de uno de los actores, luego de otro, en seguida de otro, hasta que al fin en las altas horas de la noche se concluirá la funcion, quedando por supuesto vencedor el moralista y completamente vengado de sus descalabros de ayer. Por lo ménos, él así lo espera, y tan pronto como ha puesto fin al sermón, se levanta, toma el sombrero y echa correr rabiando por la poca puntualidad. ¿Qué le parece á V. de semejante contradiccion? ¡Oh, se me replicará, este hombre era un hipócrita, decia lo que no pensaba! «Es falso, hablaba con la conviccion más profunda y los circunstantes si no eran jugadores, no eran capaces de comprender toda la viveza con que el sentia lo que expresaba. En prueba de esto, suponed que tiene un hijo, un hermano menor, un amigo, una persona cualquiera por la cual se interesa: él le aconsejará que no juegue y lo hará con todas veras de su corazón; si tiene autoridad para ello se le prohibirá severamente; cuando nó, se lo ro-

gará con encarecimiento, y si puede hablar con entera franqueza exclamará con acento de dolor: "creed á un hombre experimentado; este vicio ha hecho y está haciendo mi infortunio, ¡ay de mí y siempre temo que me llevará á la perdición!" El desgraciado no deja de conocer su temeridad, su locura; se la echa en cara una y mil veces, así en los momentos de calma y buen juicio como en los de furor y desesperacion; pero no tiene bastante fuerza de ánimo para resistir al impulso de su inclinacion arraigada y acrecentada con el hábito para conformar sus obras con sus palabras, con sus convicciones más profundas.

"¿Quiere V otro ejemplo? Fácil sería amontonarlos hasta lo infinito. Hay un hombre de fortuna respetable, de reputacion sin tacha, que disfruta en el seno de su familia de toda la dicha que puede desear; su instruccion, su moralidad y hasta su misma educacion culta y esmerada le hacen contemplar con lástima los extravíos de otros; no concibe como consienten en sacrificar sus bienes á una pasion liviana, en mancillar por ella su nombre, en hacerse el objeto de desprecio y ludibrio de cuantos los conocen; sin embargo transcurrido algun tiempo una ocasion, un trato frecuenta; le ha enredado á él mismo

en una amistad peligrosa: la hacienda, la fama, la salud, hasta su misma vida, todo lo está sacrificando á su ídolo. ¿Ha perdido por eso sus antiguas convicciones? ¿la variacion de conducta es efecto de un cambio de ideas? Nada de esto; piensa como ántes; no se ha desviado un ápice de sus convicciones primitivas, solo las ha puesto á un lado. A los parientes, á los amigos que le amonestan, que le recuerdan sus propias palabras, que le hacen los cargos que él mismo dirigia á los demás, que le excitan á que tome los consejos que él poco ántes diera á los otros á todos contesta: "sí, cierto, tiene vd. razon, ya, con el tiempo . . . pero"

"Es decir que no hay falta de luz en el entendimiento sino extravío en el corazon, está seguro que la dorada copa contiene veneno, pero en su ardor febril se le acerca á sus labios, con el riesgo, con la certeza de perecer.

"Recorra vd. todos los vicios, fije su atencion sobre todas las pasiones, y echará vd. de ver esta contradiccion de que voy hablando. Son pocos poquissimos los hombres, que desconocen el mal que se hacen, los daños que se acarrear con su propia conducta; y sin embargo, ¡cuán difícil es la enmienda! De dónde resulta no ser nada extraño que una persona profundamente convencida de la verdad de la religion, obre contra

lo que ella prescribe, y no es prueba de que no crea lo que dice, el no ponerlo él mismo en practica.

«Si vd. hubiese leído obras de moral ó de mística, ó conversado con hombres experimentados, en la direccion de las conciencias, sabria la triste y angustiosa situacion en que se encuentran á menudo muchas almas, y la paciencia que han menester los confesores para sufrir y alentar á esos desgraciados que proponen dejar el vicio, que lloran amargamente sus culpas, que tiemblan por el eterno castigo á que se hacen acreedores, que á fuerza de consejos, dé amonestaciones, de remedios y precauciones de todas clases, llegan quizás á resistir por algun tiempo á su funesta inclinacion, y sin embargo reinciden y vuelven á los piés del confesor, y al cabo de algun tiempo tornan á reincidir, padeciendo de esta suerte congojas mortales, hasta que mas fortalecidos por la gracia alcanzan á mantenerse firmes, disfrutando así una vida sosegada y tranquila.

«Si no es imposible, ántes sucede con mucha frecuencia, que quien profesa una religion pura y severa, viva en la relajacion, no es tampoco incomprendible el que otros no sumidos en semejante miseria se porten no obstante con cierta tibie-

za y frialdad, á pesar de que en su entendimiento se hallen las creencias religiosas muy solidas, muy firmes y hasta vivas y ardorosas. Son tantas las causas que pueden producir y conservar un estado semejante, que seria enojosa taréa enumeralas. Baste decir, que inconsecuencias y contradicciones se hallan á cada paso en toda la vida del hombre; que le afectan de tal modo las cosas presentes, que por lo comun olvida las pasadas y futuras; que estando dotado de inteligencia y voluntad, no obstante sufre tambien á menudo la tiranía de las pasiones que le arrastran por camino de perdicion, áun conociéndolo él mismo, creo que serán suficientes para dejarle á V. convencido de cuán infundadamente atacaba V. la religion y que si semejante discurso tuviese alguna fuerza, probaria que muchos no tienen principios morales, pues que obran contra ellos; que muchos son hasta el extremo ignorantes con respecto á lo que conviene á su salud, á sus intereses y honor, porque les perjudican á cada paso con sus actos; que el que come con exceso no conoce que le ha de dañar, que quien bebe con desatemplanza no sospecha que el vino sea capaz de embriagar y así ratiocinando por el mismo tenor seria preciso afirmar en general, que los hombres están faltos de muchos conocimientos que poseen

sin duda alguna. Digamos que el hombre es inconstante, inconsecuente, que lo afectan demasiado las cosas presentes, para que sepa conciliar el interes ó el gusto del momento con la felicidad verdadera, y estará explicado todo de una manera cabal y satisfactoria, sin suponerle más ignorante de lo que es en realidad.

«Otra equivocacion de mucha trascendencia padece V. sobre el particular, y es, el que segun indica en su apreciada, opina que la religion produce muy poco efecto en la conducta de los hombres, pues que tanto los creyentes como los incrédulos, suelen vivir como si no tuviesen nada que esperar ni temer despues de la muerte. Los hombres, dice V. cuidan de sus negocios, satisfacen sus pasiones ó caprichos, forman continuamente grandes proyectos, en una palabra, viven tan distraidos, tan olvidados de su última hora, tan sin pensar en lo que podrá venir des-pues, que por lo tocante á la moralidad con respecto al mayor número, podria decirse que el efecto de la religion es poco ménos que nulo. Para dejarle á V. convencido de cuan falso es el hecho que V. asienta con tanta seguridad basta recordar la profunda mudanza que produjo en las costumbres públicas la propagacion de cristianismo, pues que este solo recuerdo pone

fuera de duda que la enseñanza de la religion no es inútil para modificar la conducta de los hombres, y que ántes al contrario, es muy eficaz y el único medio del cual es dado prometerse resultados felices y duraderos. Tambien ahora como entónces, cuidan los hombres de sus negocios, y tienen pasiones, y se divierten, y viven distraidos y dispados; pero ¡qué diferencia entre las costumbres antiguas y las modernas! Si lo consintiesen los límites de una carta, podria aducir mil y mil comprobantes de lo que acabo de establecer, manifestando con cuanta verdad se ha dicho, que se cometian entónces más delitos en un año que ahora en medio siglo. Recuerde V. las doctrinas de los primeros filósofos de la antigüedad sobre el infanticidio, doctrinas que se vertian con una serenidad para nosotros inconcebible, y que revela el funesto estado de la moralidad de aquellas sociedades; recuerde V. los vicios nefandos tan generales á la sazón, y que entre nosotros están cubiertos de baldon y de infamia: recuerde V. lo que era la mujer entre los paganos y lo que es en los pueblos formados por la religion cristiana, y entónces echará V. de ver cuántos son los beneficios que ha dispensado al mundo el cristianismo en lo tocante á la mejora de las costumbres;

entonces comprenderá V. cuán errado es el decir que la religion influye un poco en la conducta de los hombres.

«Sucédenos con mucha frecuencia, cuando tratamos de apreciar el bien producido por una institucion, que nos paramos únicamente en los resultados positivos y palpables, prescindiendo de otros que podriamos llamar negativos, y que sin embargo, no son menos reales, ménos importantes que aquellos. Atendemos al bien que hacen y no al mal que evita, cuando para calcular la fuerza y la índole de ella, no deberíamos pararnos ménos en lo último que en lo primero.

«Como la ausencia de un mal, que sin aquella institucion hubiera existido, ya es de suyo un gran beneficio, es preciso agradecer á ella el haberle evitado, y contar este efecto como la produccion de un bien. Para hacer debidamente este cálculo, conviene suponer que la institucion no exista, y ver lo que en tal caso sucederia. Así, á quien pegase la utilidad de los tribunales de justicia ó pretendiese rebajar su importancia no habria otro medio mas apropósito para convencerle que el que acabo de indicar. Si los tribunales de justicia, se le podria decir, os parecen de poca utilidad, suponed que se quitan, y que el ratero, el ladrón, el asesino el falsario, el

incendio y toda la ralea de malvados, no tienen que temer otra cosa sino la resistencia ó la venganza de sus victimas. Desde luego la sociedad se convertirá en un caos, los unos se armarán contra los otros, los criminales se adelantarán mucho en su carrera de iniquidad multiplicándose el número de ellos de una manera espantosa. ¿Quién evita todo esto? Ciertamente los tribunales: y el evitar este mal es sin duda un gran bien.

«Suponga vd., pues, que la religion no existe; que no se nos dá desde niños ninguna idea de la otra vida, ni de Dios, ni de nuestros deberes, ¿qué sucederia? Todos seriamos profundamente inmorales; y así el individuo como la sociedad caminarian rápidamente hácia la degradacion más abyecta. Y sin embargo, ateniéndonos al argumento de vd. se podria objetar, ya que cuidamos de nuestros negocios, y vivimos distraidos pensando poco ó nada en nuestros deberes, en la otra vida, en Dios; ¿de qué nos aprovecha el haber sido instruidos en estos puntos, el haber recibido una educacion en que se nos inculcaban de continuo dichas verdades? Ya ve vd. que presentada la cuestion bajo este aspecto, no es posible sostener la solucion que vd. pretende darle, y claro es que si este método

do de argumentar flaquea en el caso presente, no será muy firme en los otros.

«¿Quién le ha dicho á vd., que ese hombre tan distraído, tan disipado, no piensa en la religión que profesa? ¿Cree vd. que le ha de estar revelando de continuo, lo que pasa en lo íntimo de su corazón, cuando tiene á la vista un cebo que estimula sus pasiones, poniéndole en riesgo de faltar á su deber? ¿Cree usted que le ha de estar narrando cuantas veces las ideas religiosas le han retraído de cometer un mal, ó han hecho que lo cometiera mucho menor?»

«Una prueba evidente de los muchos efectos que producen en la conducta de los hombres las ideas religiosas, y de los presentes que están en su memoria, aún cuando parecen haberlas descuidado del todo, es la rapidez instantánea con que se les ofrece tan luego como se hallan en peligro de la vida. Casi puede decirse que se despliega en un mismo momento el instinto de la consagración y el sentimiento religioso.

«¿Cómo obra el instinto de la conservación sobre el curso general de los actos de nuestra vida? Si bien se observa, estamos cuidando incesantemente de conservarnos sin pensar en ella; hacemos de continuo actos que entiendan á

este fin, y sin embargo, no reparamos en ellos. ¿Cuál es la causa? Es que todo cuanto se liga muy íntimamente con la vida del hombre está sin cesar presente á sus ojos: no lo mira; pero lo vé: lo piensa sin pensar que lo piense. Lo que se dice de la vida material, puede afirmarse de la vida del alma; hay un conjunto de ideas de razón, de justicia, de equidad, de decoro, que vagan de continuo por nuestra mente, ejerciendo incesante influencia de todos nuestros actos. Ocurre una mentira, y la conciencia dice: esto es indigno de un hombre; y la palabra que iba á ser pronunciada es detenida por este sentimiento de moralidad y decoro. Se habla de una persona con quien se tiene enemistad; viene la tentación de rebajar su mérito, ó revelar una de sus faltas, ó quizás de calumniarle; y la conciencia dice: esto no lo hace un hombre de bien, esto es una venganza; y el enemigo calla. Hay la oportunidad de defraudar sin que nadie lo sepa, sin que el honor pueda correr peligro, y sin embargo, no se defrauda; ¿quién lo impide? la voz de la conciencia. Hay la tentación de abusar de la confianza de un amigo, haciendo traición á sus secretos, y explotándolos en provecho propio, y sin embargo, la traición no se consuma, aún cuando el amigo víctima de ella, no pudiese ni

siquiera sospecharla: ¿quién lo impide? La conciencia. Estas aplicaciones que podrían extenderse, se indefinidamente, muestran bien á las claras que el hombre, sin advertirlo, obedece muchas veces al grito de la conciencia, y que aún cuando no piensa, ó no cree pensar en ella, ni en Dios, no obstante obran en su ánimo estas ideas, y le impulsan, y le detienen, y le hacen retroceder y variar de camino, y modificar continuamente su conducta en todos los instantes de su vida.

«Si esto se verifica aún tratándose de las mismos incrédulos, ¿qué sucederá con respecto á los hombres sinceramente religiosos? A los ojos del mundo podrá parecer que ellos se olvidan completamente de sus creencias, que de nada les sirve la fé en verdades grandes y terribles, que el cielo, el infierno, la eternidad, sólo se ofrecen á su mente como ideas abstractas sin relacion alguna con la práctica, pero ellos saben muy bien que la eternidad, y el cielo, y el infierno, se les presentan en el acto de querer obrar mal, que ora los apartan del camino de la iniquidad, ora los detienen para que no anden por él con tanta precipitacion, ellos saben que despues de haberse abandonado al impulso de sus pasiones, experimentan remordimientos que los atormentan

tan atrozmente y que los hacen arrepentir de haberse desviado del sendero de la virtud. No hay cristiano que no experimente esta influencia de la religion; si es realmente cristiano, es decir, si cree en las verdades religiosas, sufre repetidas veces el castigo de sus malas obras ó disfruta el galardón de las buenas. Esta pena ó este premio, lo siente en lo íntimo de su conciencia; y el recuerdo de lo que ha gozado en un caso ó padecido en otro, contribuye á menudo á que no se permita extravíos contra lo que le prescriben sus deberes.

«No dudo que con esta reflexion se quedará vd. convencido de que es un error contrario á la razon, á la historia y á la experiencia, lo que V. afirma de que la religion influye poco en la conducta de los hombres. Es cierto que los que la profesan, no siempre se portan como deberian; es cierto que encontrará V. hombres que tienen fé, y sin embargo son muy malos; pero no es ménos cierto que, en general, la conducta de las personas religiosas es incomparablemente mejor que la de los incrédulos. ¿Cuántas ha conocido usted que no profesando ninguna religion observen una conducta de todo punto inreprochable? Y cuando esto digo, no hablo de cometer delitos de los cuales nos apartan cierto horror natura

el temor de la justicia, y el deseo de conservar la reputacion: no hablo de cierta inmoralidad asquerosa y repugnante de la cual retraen el honor, el decoro y hasta cierta delicadeza de gusto, fruto de la buena educacion; hablo de aquella moralidad severa que rige en todos los actos de la vida de un hombre, y no le permite desviarse del camino del deber, aun cuando en ella no se interesen ni la hora ni los miramientos de sociedad, ni se opongán otras consideraciones que las inspiradas por una sana moral. Me dirá V. que conose á ciertos hombres que á pesar de ser irreligiosos, son incapaces de defraudar, de hacer traicion á la amistad, y hasta obserban una conducta, que si no es tan rigurosa como yo deseara, está muy léjos de la dispacion y quizás de la liviandad; será posible que usted conozca á incrédulos que sean tales como V. los pinta; será posible que por educacion, por honor, por decoro, por ésa luz interior que Dios nos ha dado y que no alcanzamos á extinguir con insensatos esfuerzos, ajusten su conducta una y mil veces á la ley del deber, buscando no se atraviesa algun poderoso motivo que los impulsen en sentido contrario pero no ponga v. á esos mismos hombres á prueba de una tentacion violenta.

«A eso que no cree en nada, ni aun en Dios,

y á quien supone usted tan próbo, tan incapaz de cometer un fraude, redúzcale V. á la miseria, figuréselo luchando entre el apremio de grandes necesidades y la tentacion de echar mano de una cantidad ajena, pudiendo hacerlo de manera que nada pierda su reputacion de hombre de bien; ¿qué hara? V. podra creer lo que quiera; yo por mi parte no le faria mi dinero, y me atreveria á aconsejar á V. que tampoco.

«Usted mi apreciado amigo, hallándose en una posesion ventajosa y sin otras tentaciones de hacer mal que las ofrecidas por las ilusiones de la juventud, no conoce á fondo lo que es esa probidad que no se apoya en la religion. V. no conoce cuán frágil, cuán quebradiza es esta honradez que á los ojos del mundo se presenta con tanto alarde de firmeza é incorruptibilidad; faltante todavia algunos desengaños que recojerá V. muy en breve, cuando rasgándose ese velo, tan hermoso con que el mundo se presenta á nuestros ojos en la primavera de la vida, comience á ver las cosas y los hombres tales como son en sí; cuando entre en la edad de los negocios y vea la complicacion de circunstancias que en ellos se ofrecen, y asista á esa lucha de pasiones é intereses que tan á menudo coloca al hombre en posiciones críticas y hasta angustio-

sas, en que el cumplimiento del deber es un sacrificio y á veces un heroísmo. Entónces comprenderá V, la necesidad de un freno poderoso, de un freno que sea algo más que consideraciones puramente terrenas (1)

[1] Cartas á un escéptico. XIV.

LIBRO SEGUNDO.

DE LA INCREDELIDAD

PROCEDENTE DE LAS IMPERFECCIONES DEL ESPÍRITU.
